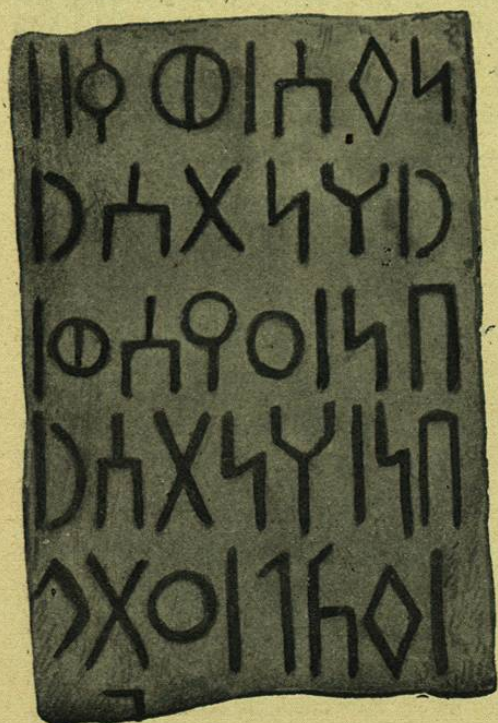


cho á dar en el espíritu de los hombres un carácter casi sacerdotal á esta nación tan poco conocida de la Arabia «Feliz». Imaginábase que á la riqueza y á la excelencia de sus productos correspondía una alta potencia mágica.

Los capítulos que Herodoto consagra á ese maravilloso país de los perfumes y que «esparce como un olor divino»<sup>1</sup>, se hallan entre



PIEDRA SEPULCRAL DE HIMIARIA

las más extrañas de sus *Historias* y atestiguan en sus informantes un empeño de mentir mezclado á la más rica fantasía. Unas veces son relatos en que culebrillas aladas vuelan formando nubes alrededor de los árboles productores del incienso; otras, murciélagos feroces, de grito estridente, que defienden las plantaciones de canela; cuando no, aves formidables que elevan enormes trozos de carne putrefacta para dejarlos caer en sus nidos, donde las cáscaras de cinamomo se amasan con la arcilla. Todas esas raras fábulas no podían nacer más que entre marinos imaginativos, solicitados, por las circunstancias mismas de sus viajes, para referir prodigios inverosímiles á oyentes embobados: esas narraciones tienen cierto tono que recuerdan las fábulas greco-egipto-asirio-irano-hindus que, corriendo y recorriendo el inmenso espacio entre el Sahara y el Gobi, entre el Brahmaputra y el Guadalquivir y enriqueciéndose con el espíritu inventivo de cada narrador, se convirtió bajo la pluma de los escribas árabes en la maravillosa recopilación de las *Mil y Una Noches*, el *Javidan Khirad* de los Persas y el *Pantcha Tantra* de los Hindus,

<sup>1</sup> Libro III (Thalia), ps. 107 á 113.

el libro que ha tenido mayor número de lectores<sup>1</sup>. Es cierto, por otra parte, que los astutos mercaderes, fenicios ó hasta griegos, se complacían en representar esos países de comercio lejano, donde habían tenido la fortuna de adquirir grandes riquezas, como regiones muy peligrosas adonde se debía evitar seguirles.

Suele atribuirse, y sin duda con cierta razón, la decadencia de las poblaciones de la Arabia Feliz á la disminución de las lluvias y á los avances del desierto, que fueron su consecuencia. Las tradiciones enumeran por decenas los ríos que se secaron y las ciudades enterradas por la arena desde los tiempos antiguos. Estas relaciones parecen reposar sobre hechos que realmente han tenido lugar; pero probablemente coincidirían causas interiores, de orden político y social, con la causa exterior, la sequía del país, para disminuir las energías nacionales y reducir á poca cosa su acción sobre el mundo.

La imaginación popular ha intentado siempre reducir á un brusco fenómeno, á una fecha precisa de la historia, la caída de los imperios, cuando lo que convendría ver en ella es el término de una larga decadencia. Así se repite ordinariamente que el reino de los Himiaritas cesó de existir de repente en la época de la «ruina de las barreras» — *Seil-el-Orim* —, que tuvo lugar en la parte superior de Marab ó Mariaba, hará unos 1750 años; la vida de la nación cesaría al mismo tiempo que la de sus cultivos; pero los hombres que construyeron los primeros depósitos hubieran podido repararlos y trazar de nuevo canales de riego; hubieran podido hacer que florecieran nuevamente los campos si la iniciativa primera no se hubiera roto sin duda por una larga opresión. Si el pueblo se dispersa, incapacitado ya de suscitar nuevas cosechas en el país de los abuelos, débese á que una vida de servidumbre le había hecho perder la fuerza inicial. De ese modo las naciones que se suceden pagan siempre por una disminución positiva de energía la fuerza aparente de los gobiernos que les esclavizan; nuevos destinos se preparan, y los focos de civilización se desplazan.

En la misma Arabia, el Yemen debía tener sobre todo el Hedjaz

<sup>1</sup> A. Ular, *Les Mille et Une Nuits*.



por heredero como centro de sacudida en la historia del mundo; pero las colonias sábeas se diseminaron en gran número hacia diversas partes de la costa oriental del mar Rojo, y hasta Siria, en las montañas del Hauran. Las ciudades, villas y simples castillos abandonados que se ven al sud de Damasco, sobre casi todas las alturas y en casi todos los valles, y que han valido al país el nombre de «Desierto de las Ciudades», datan de la época de la emigración sábea. Como lo atestiguan algunas raras inscripciones, fueron Himiaritas los fundadores de todas esas bellas ciudades de grandioso aspecto, y ellos también los que, bajo el protectorado romano, establecieron en esos puntos, hasta la época musulmana, un centro de civilización que irradiaba á lo lejos. El viajero Oppenheim demuestra que los edificios del Hauran, de construcción greco-romana en apariencia, ofrecen, no obstante, varios rasgos de origen sábeo, sobre todo en la ornamentación. La arquitectura llamada árabe, que debe ser atribuída en gran parte á Persia, proviene también por diferentes detalles del arte sábeo del Hauran, siendo Damasco el gran centro de cultura donde se mezclaron todos esos elementos <sup>1</sup>.

Sin embargo, los Himiaritas del Yemen quedaron todavía en bastante gran número en el país y en él conservaron su civilización, atestiguada por los centenares de inscripciones que los Halévy, los Glaser y otros sabios viajeros han recogido. Se tienen razones para creer que la arquitectura actual de la ciudad capital, Sâna, y de otras ciudades del Yemen y del litoral arábigo hasta Djeddah, es muy parecida á la que practicaban los antiguos Himiaritas. En efecto, las casas de la comarca no convienen á los Arabes de nuestros días, á quienes las órdenes de Mahoma obligan á ocultar sus mujeres á las miradas indiscretas; y la abundancia de ventanas y balcones no puede explicarse sino por la existencia anterior de costumbres muy diferentes de las que prevalecen actualmente <sup>2</sup>.

La gran ciudad del Yemen es notable por sus altas casas cuadradas, adornadas con gran variedad y un gusto originalísimo. El piso bajo, construído con trozos de basalto, sólo tiene una abertura,

<sup>1</sup> Max Oppenheim, *Vom Mittelmeer zum Persischen Golf durch den Hauran, die Wüste und Mesopotamien*.

<sup>2</sup> D. Chamay y A. Deflers, *Excursions au Yémen*, «Tour du Monde», ps. 281 y siguientes.

puerta de cintra rebajada, inscrita en una arcada ojival, pero sosteniendo dos ó tres pisos edificados con ladrillos cocidos al fuego, con altas y estrechas ventanas cintradas y guarnecidas de rejillas de madera. Las aberturas circulares colocadas sobre ventanas están guarnecidas de vidrieras, decoradas de dibujos muy diversos por los motivos y las dimensiones: todos los relieves, blanqueados á la cal, contrastan con el fondo negro ó rosa del basalto ó del ladrillo. Actualmente casi todas las ventanas están tapiadas ó cubiertas con enrejados, no sirviendo para nada, lo mismo que los balcones; pero sirvieron en otro tiempo, y la mujer sábea, á quien nada obligaba á ocultarse como se oculta la musulmana, se mostraba en esas ventanas y balcones para tomar el aire y gozar del espectáculo de la calle.

